

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION DE

## ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco centimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenecen.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

### SUMARIO.

**Advertencia.**—La conquista del Perú, por X.—La luz del alba, poesía, por F. C.—¡Ay mas allá! novela, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Variedades.—Correspondencia.

### ADVERTENCIA.

Rogamos á nuestros abonados, que no tengan satisfecha la Revista hasta fin de Diciembre de 1879, y cuyas liquidaciones les hemos remitido ya, se sirvan enviarnos su saldo, y de este modo tengan la seguridad de que el Periódico se publicará con mas regularidad, y podremos al mismo tiempo introducir algunas mejoras en él, que es nuestro deseo constante.

De no ser así, tendremos el disgusto de volver á molestarles enviándoles de nuevo sus liquidaciones, en el mes entrante.

En cuanto á la falta de números que tenga, bien por extravío en correos, bien por otra causa, pueden pedirlos y al momento serán en su poder, sin interés alguno.

### GLORIAS DE ESPAÑA.

### CONQUISTA DEL PERÚ.

(CONTINUACION.)

—Al fin te encuentro, felicidad de mi vida!

—Señor, contestó ella, qué queréis á vuestra esclava?

—Que me digas quien eres: que me expliques que poder es el tuyo, oh hermosa muger! que así avasalla al monarca mas poderoso de la tierra.

—Tristes recuerdos de mi edad primera son los que me obligais á renovar. Esta muger que veis sola y abandonada en este recinto, habitó en un palacio magnífico y en medio de una ostentosa corte, porque esta muger hija y descendiente de reyes, nació en el trono que estaba destinada á ocupar.—Mi padre fué el último monarca de Quito.

—Siendo esto así ¿cómo has pasado á vivir desconocida entre las vírgenes del templo?

—Las pocas personas leales que sobrevivieron á mi padre, á la destrucción de su palacio, y á la conquista de sus pueblos, juzgaron que este era el úni-



co asilo seguro para mí. Temían que mi sexo y mi rango fuesen ultrajados por un vencedor, cuyas generosas prendas eran incapaces de apreciar, tan poseídos de odio como estaban. Desde entonces mis días han transcurrido tristes, pero serenos, y ese anciano sacerdote lleno de ternura hacia una mujer cuyas desdichas conoce, ha sido un segundo padre para mí.

—Tus desdichas yo solo puedo y yo solo debo remediarlas. Toda cuanta dicha yo poseo es para repartirla contigo, porque tú eres ya necesaria á mi existencia y no te separarás de mí.

—Qué decis?... queréis sacarme del templo?

—Eres una criatura de tanto valor, que no debes permanecer oculta. Has nacido en la corte, pues bien, yo haré que seas el mas bello ornamento de la mia, donde luzca en todo su brillo esa hermosura pintada por el cielo en tu semblante, y donde yo no pierda de vista tu graciosa sonrisa.

—No, imposible es abandonar este recinto, y aunque posible fuera ¿cómo habia yo de dejar á mis compañeras que me prodigan tantas caricias y á ese anciano que me ama con tanta ternura? Ved que ameno es este sitio, que serena se muestra la naturaleza! Aquí mi corazón libre, disfruta los únicos y sencillos placeres que apelece.

—Ah! que tú no sabes los que yo te llevaré á gozar. No sabes que vas á cambiar este solitario claustro por un trono y á dejar esa pobre túnica por el manto de los Incas. Porque yo te amo, mujer sin igual, y si te arranco de este sitio, es para que así como reinas en mi corazón, reines también sobre los súbditos de mi vasto imperio.

—Callad señor... os lo pido por favor, si se supiese nuestra venida, si alguno escuchase vuestras palabras que seria de mí!

—Bien sé á lo que te espongo; pero imagina tú de lo que soy capaz, cuando he llegado aquí por verte.... No hay porque temer. ¿Quien se atreveria á la protegida de su monarca? Qué obstáculo puede oponerse á nuestro amor?

Y animando un poco la voz.

—¿Quién hay tan poderoso, que se atreva á contrarestar los designios de su soberano....?

Un ligero rumor pareció salir entonces de entre el ramaje, y la joven consternada, movida por el sentimiento que incita al débil á ampararse del fuerte, se arrojó casi en brazos del Inca, diciéndole:

—¿Oís?

Pero el Inca, electrizado con el afecto de aquella mujer, no se ocupaba por el pronto mas que de contemplarla estasiado, estrechando una de sus manos la preguntó con ternura:

—Y tú me amas?

La joven levantó hacia él sus húmedos y hermosos ojos para decirle con indefinible espresion:

—Seria acaso posible dejar de amaros?

—Pues bien, amada mia, prométeme ser mi esposa.

—¡Nunca! contestó una voz grave y austera, y en el instante mismo el gran sacerdote se presentó á su vista. Aquella repentina aparicion y el sitio en que se verificaba dejaron al Inca sobrecogido por algunos momentos, pero cuando la idea de su despótico poder volvió á fijarse en su mente, miró con altivez al anciano diciéndole:

—Serás tú el que ose contradecir mis designios?

—Inca, contestó el inexorable anciano, grande es tu poderio, mas ahora acuérdate dónde te hallas y de que una palabra mia bastará para que arrebatén de tu lado á esa tímida doncella, y para que tus vasallos atónitos vean á su monarca profanando el recinto del templo y arrebatando con tan atrevidos como sacrilegos deseos á las vírgenes del Sol.

—Esa palabra no tardes en pronunciarla... porque esta mujer va á salir en mi compañía.

Enlazó el Inca su brazo con el de la trémula sacerdotiza en ademán de partir; pero una exclamacion del gran sacerdote hizo acudir instantáneamente sobre el terreno considerable número de guardas y ministros del templo en actitud de cerrarles el paso. Quedaron por un momento unos al frente de otros, hasta que el gran sacerdote exclamó:

—Ministros del templo, arrebatad á esa mujer del poder del que intenta sacarla de aquí y llevadla á sufrir el castigo que merece. En cuanto al Inca, solo la diadema que cubre sus sienes puede librarle de nuestra justa cólera y del castigo que merece su impiedad.

—Si esta diadema es aquí la que protege, dijo el Inca quitándosela, he aquí que á vista de todos la pongo sobre la cabeza de esta joven.... ¡soldados! ministros del templo: paso á vuestra reina.

Nadie se opuso á la marcha del emperador, solo el anciano sacerdote, en quien batallaban á la vez el sentimiento y la rabia de ver profanado el templo y arrebatada su joya mas preciosa, desahogó su impotente cólera en estos términos:

—Camina, sacrilego monarca, camina á tu perdicion. Tus vicios son los precursores de la caída de tu imperio. Ya se manifiestan los signos de la cólera celeste y mientras que el fuego sacro se estingue en el templo, le arrojan de nuevo los cráteres de los apagados volcanes. Llegó el colmo de profanacion profetizado en los caracteres del templo; pero tambien llegó la época en que el gran lago vomitará esos hombres cubiertos de hierro y armados del rayo, para destruir tu palacio y tu imperio.

#### IV.

Los hombres formidables anunciados por el anciano sacerdote en su violenta cólera, pisaban ya efec-



tivamente la parte meridional del continente americano. Desde los tiempos de Balboa era conocida la existencia hacia esta parte, de una comarca rica y feliz, donde el oro servía aun para los utensilios mas despreciables. Balboa murió desgraciado sin que pudiese realizar su expedición; pero el heredero de sus grandiosos proyectos y el que tuvo al fin la dicha de enriquecer la corona de Castilla con el pais mas opulento del nuevo mundo, fué el valeroso FRANCISCO PIZARRO, nacido en Trujillo en el año 1480. Siendo uno de aquellos aventureros que habian pasado al continente americano, tan escasos de medios de fortuna, como provistos de audacia y de valor, nunca hubiera con sus propios recursos costeado los gastos de la expedición sin el auxilio de sus dos compatriotas, Diego de Almagro y Fernando de Luca. Unieronse los tres para favorecer esta empresa, teniendo la satisfacción de que Pizarro que habia de correr todos los peligros de ella, partiese de Panamá en una nave con unos ciento y doce hombres tan animosos como esforzados. Este fué el principio de los viajes y fatigas de Pizarro, y de aquellos peligros ocasionados por el mal temporal que le hizo tocar en varios puntos de la costa. Almagro que salió despues, pasó otros mil trabajos hasta llegar á reunirse con ochenta hombres de refuerzo, y con ellos se hicieron juntos á la vela. Ambos esclarecidos guerreros sufrieron todos los riesgos y averias de una navegacion incierta y peligrosa, y si ponian el pié en tierra, no menos padecian por la intemperie del clima y de las estaciones. Ellos pasaron por todos los grados de temperatura, desde las montañas cubiertas de nieves y hielos, hasta la de terrenos en que la falta absoluta de lluvias produce arenales de de una aridez insoportable, abrasados por un sol casi perpendicular, y si la fortuna les deparaba alguna vez un campo fértil en que se respiraba aire puro, tenian en cambio que atravesar terrenos en que reinaban aires pestilenciales. El temor de hacer demasiado difusa la narracion nos obliga á suprimir minuciosos detalles y aventuras de estas caminatas, pero ciertamente que seria curioso seguir á nuestros campeones, que á la ventura y sin datos ciertos, iban en busca de ignoradas regiones, al través de pantanos y selvas impenetrables, por sitios en que desde la creacion del mundo no habia habido un sendero, ni habian sido pisados por persona humana, á contemplar el silencio de la noche en aquellas selvas virgenes de América, cuando las grandes masas de los árboles consumidos de vejez, despues de haber tomado una forma fantástica á los últimos reflejos del sol que se ocultaba rojo como la grana, quedaban confundidos entre las azuladas sombras de la selva! Oh! si en medio de tan espantosa soledad hubiesen encontrado los españoles algunos rastros de persona humana ó cuando menos al-

gun animal de índole mansa y apacible, singular hubiera sido su placer; pero de noche solo resonaban en la selva ahullidos lejanos y pavorosos, y el vuelo y lastimero grito de las aves nocturnas que saltaban de rama en rama, mientras que de dia, alimañas feroces huian entre la maleza, ó algun disforme mico sentado en las ramas, miraba con burlesca curiosidad á aquellos estraños hombres.

En medio de tantos conflictos y fatigas, Pizarro y Almagro se manifestaban siempre los primeros en el sufrimiento, animando á los débiles, ayudando á los desfallecidos y olvidándose de si mismos por atender á los demás. Solo encontraron descanso al llegar á las fértiles y risueñas costas de Quito, donde habitantes pacíficos, vestidos con telas de algodón y adornadas de oro, salian á su encuentro: pero entonces dificultades de otro género eran las que se suscitaban. Las fuerzas de la expedición, debilitadas en tan larga travesía, eran insuficientes para la conquista de un pais tan dilatado, y forzoso era que Almagro volviese á Panamá á buscar refuerzos, dejando á Pizarro y los suyos espuestos á las contingencias de la suerte. Cinco largos meses esperaron estos infelices en la isla Gorgona casi inhabitada, sin recibir noticias ni auxilios de sus compañeros. Esto consistia en que el suspicaz gobernador de Panamá, habiendo variado de dictámen, estaba muy lejos de conceder los socorros que le pedian y aun trataba de retirar á Pizarro de su empresa. En fin, cuando á fuerza de ruegos de Almagro y de Luca consintió en despachar una nave al socorro de Pizarro, ya este, perdida toda esperanza, estaba á punto de entregarse en una balsa á merced de las olas. Informado Pizarro de los designios del gobernador y al ver que en la nave no venian mas que gentes de equipage, sin duda para cortar los vuelos á su empresa, trató de tomar por su cuenta los resultados prósperos ó adversos de ella, y cortando sus relaciones con el gobernador, desobedecerle abiertamente en cuanto se encaminase á malograr el fruto de tantos afanes. En consecuencia resolvió navegar con su gente hacia el Perú; mas como se suscitasen algunas desavenencias y temores, conoció Pizarro que le estaba mejor llevar pocos, pero de ánimo resuelto, antes que muchos en quienes hiciese fuerza otras consideraciones. Tanto para descartarse de los flojos y mal avenidos como para no hacer fuerza á ninguno de sus compañeros, supuesto habia grandes peligros que correr, empleó el arengarles con una de aquellas demostraciones que tanta impresion hacen en hombres toscos y pocos instruidos. Tiró el magnánimo Pizarro de su espada y haciendo una raya en la arena les dijo:

—Detrás de esa raya se encuentran todos los peligros de la guerra, las fatigas del hambre y de la sed, y aun la muerte si fuere precisa para acabar la con-



quista. Los que no se halláren con ánimo para vencer tantos obstáculos.... vuélvanse á Panamá, pero los que tuviesen resolución para vencerlos pasen aquí á mi lado, en señal de que me ayudarán en tan heroica empresa.

Pasaron al instante á unirse con Pizarro sus mas allegados y constantes campeones, cuyo ejemplo fué despues seguido por otros muchos, diciendo todos á su gefe:

—A esta tierra hemos venido pasando los mares, para buscar los peligros y la muerte. Guiadnos hasta el fin del mundo, daremos uno nuevo á la España ó pereceremos en la demanda.

(Continuará.)

X.

## LUZ DEL ALBA.

*Blanca y serena luz de la mañana,  
pinta en las nubes tu rosada huella;  
cese, la niebla al resbalar livia,  
el crudo ay! de mi fatal querella.*

*Cuando á tu rayo se levanta el velo  
que el viento manso en el oriente agita,  
rueda en sus sombras mi profundo duelo,  
y en blanda calma el corazon palpita.*

*Prende en los aires tu inmortal lumbrera,  
tiende en los campos tus vistosas flores,  
llena de dulces ecos la ribera,  
borda las olas con tus mil colores:*

*Ven, pues, tranquila luz; ven, cabalgando  
sobre los hombros de la noche oscura;  
ven, su tiniebla en derredor lanzando;  
borra tú de mi afán la huella impura.*

*No vaya, en pos de los soñados bienes,  
quien siempre, eternos, lamentó sus males,  
llorando de una ingrata los desdenes,  
á enturbiar de esa fuente los cristales.*

*Ay! yo me agito en mi delirio insano  
y avaro tiendo por doquier los ojos;*

*flotan las nieblas en el aire vano,  
y con la niebla acrecen mis enojos.*

*Ven, luz del cielo, á iluminar mi frente  
que opaca viste del dolor la bruma,  
y huya del alma el afanar doliente  
cual de esas ondas la revuelta espuma.*

*Entonaré tristísimos cantares  
á aquella infiel por quien el alma gime;  
quizás lance á la voz de mis pesares  
el yugo ruin que mi altivez oprime.*

*Yo soy aquel que con tu albor, un día  
se alzó arrogante á la elevada esfera.  
y al sol robó la luz que le ceñía;  
que hasta él su frente se encumbró altanera.*

*Plácida entonces mi canción vibraba  
al murmurar del céfiro sonoro,  
que de la lira en que mi amor cantaba,  
blando gemia en los bordones de oro.*

*Buscando ansioso á mi ambición laureles,  
perdido en otros mundos ideales,  
surcaba al sol sus cóncavos doseles  
en pos de mis regiones inmortales.*

*Así al empíreo se remonta osada  
águila noble, en el azul perdida,  
sorbiendo de los astros la sagrada  
lumbre, y con ellos resplandece erguida.*

*Pero ya la dichosa primavera  
rompió las galas de su abril florido...  
y el raudal que brotó por la pradera  
ya no susura entre el verdor tendido.*

*Volved, volved, mis dulces ilusiones;  
ay! yo os imploro entre la niebla vana;  
por consolarme entonaré canciones  
hasta que en paz descienda la mañana.*

*Volved, y arrebatadme al firmamento;  
de vuestro edén me ceñiré las flores,  
y ellas darán su sombra al pensamiento,  
ya que murió la flor de mis amores.*

Francisco Cea,



## ¡HAY MAS ALLÁ!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

—No; no te dejaré! Dios que te ha puesto en mis brazos nos escudará á las dos! quien sabe si tú serás algun día mi apoyo! quien sabe si la proteccion que hoy te presto, la recibiré de tí mañana! Yo no hé sabido hasta ahora lo que es querer y ser queridal

¡Si esta niña vendrá á enseñarme á ello!

Y las pálidas facciones de la ciega se animaron con una espresion sublime, mientras continuaba.

—Debe ser tan hermoso ser amada por alguien en el mundo!

Quedó un instante pensativa, y luego irguiéndose con aire resuelto, dió dos ó tres pasos y penetró en su humilde morada.

Todo estaba oscuro.

El anciano Agustín, impedido y colocado en su sillón junto á la apagada chimenea, no habia podido encender luz.

Al sentir llegar á la jóven prorrumpió en un juramento y murmuró con su desapacible voz.

—Creí que no ibas á volver nunca, ¿no sabias que estaba á oscuras y sin poderme valer?

—Padre, murmuro Lucía tímidamente, la gente tardaba en salir de la iglesia y...

—Necios, hipócritas!... si yo...

—Ya sabe V. que allí es donde...

—Sí; ya sé que allí es donde pasas las horas sin acordarte de que yó quedo aquí, y mas gustosa, porque estás lejos.

—Padre, murmuró Lucía con estremada dulzura, yo voy á pedir una limosna porque no quisiera que faltase á V. lo necesario, y Dios que á privado á mis ojos de luz y me ha convertido en un ser inútil, no me ha dejado otro medio de conseguirlo.

Agustín no respondió, y la jóven encendió luz, no con poco trabajo, pues solo podia servirse de sus manos sin que á estas ayudase la claridad de la mirada.

Para efectuarlo dejó á la niña en su pobre lecho, y por desgracia esta se despertó y lanzó un prolongado gemido.

—Qué es eso? preguntó el anciano asombrado ¿pues no me pareció que lloraba un niño á tu lado?

—Y... y no se ha equivocado V.

—Cómo un niño! pero de quién?

—De... de... no puedo decírselo á V. estaba en la puerta de la iglesia abandonada! sola! y...

—Y tu la has traído aquí! gritó el anciano, tú la has traído para tener un nuevo cargo! para tener una boca mas!

—Dios, que cuida de nosotros, cuidará de ella tambien, padre mio.

—Dios! Dios! siempre dices lo mismo! que sus padres lo hagan.

—Oh! no los tiene!

—Entonces... vamos; véte con ella y pónla donde la has encontrado.

Lucía estrechó á la niña contra su seno y murmuró!

—Oh! que sería de ella?

Agustín no respondió, y la ciega animada con su silencio, siguió diciendo.

—Deje V. al menos que pase aquí la noche; mañana... mañana veremos si alguien quiere ampararla, por de pronto Dios parece que ha recompensado mi buen deseo esta noche, porque he recogido una abundante limosna. Oh! sí: me han dado mucho! podré traer á V. una buena cena, y tambien un poco de vino, del cual carece V. hace tanto tiempo apesar del bien que le hace.

El anciano pareció calmarse con esta promesa. Lucía habia sabido tocar la cuerda mas sensible de su corazón.

Aquel destichado, viejo, enfermo, privado de todo, no tenia mas afán que los pocos goces materiales que su hija le podia proporcionar.

—Bien, dijo con acento un poco menos rudo, déjala esta noche y mañana... veremos lo que ha de hacerse.

La ciega bendijo á Dios por aquella trégua.

No creia haber conseguido tanto en tan poco tiempo.

Para no perder terreno en el ánimo de su padre, se apresuró á renovar el fuego; dejó la luz encendida, y ayudada por su esquisito tacto, esa segunda vista que la providencia concede á los pobres ciegos, salió de nuevo para comprar las provisiones ofrecidas.

La niña entre tanto quedó dormida en la humilde cama de la que iba á ser su madre en adelante: quizá el ángel de su guarda bendijo aquel sueño para que no exasperase con sus llores el carácter áspero de Agustín.

Lucía volvió pronto, mucho mas pronto que otras veces.



Su afán la había dado mayor presteza.

Entregó á su padre la cena, que él tomó con afán estremado.

¡Ay! aquel afán, era bien triste, pues suponía que le aquejaba el hambre.

Cuando comió y bebió cumplidamente aquel infeliz se creyó dichoso, y como la dicha predispone á la expansion, habló mas y con menos acritud que otras veces y hasta se estendió á preguntar á la jóven los detalles de su encuentro.

Lucía no se hizo rogar y refirió cuanto sabía, ponderando las promesas hechas por el párroco y corroboradas por todos los demás, de ayudarle en su buena obra.

Agustín se quedó pensativo un momento.

—¿Quién sabe? exclamó para sí, quién sabe si esa criatura nos traera algun beneficio, si así fuera, bien se podía...

Y lo que no había logrado hacer la caridad y la compasion, comenzó desde entonces á hacerlo el egoísmo.

Lucía entre tanto impulsada por su bendito corazon, dió á su vez algun alimento á la niña y procuró cuidar de ella con todo el esmero que le permitian sus escasos recursos.

Cuando despues de cumplidos aquellos deberes tan nuevos y tan difíciles para ella, la ciega se dispuso á entregarse al sueño, su pensamiento lleno de una inefable beatitud se elevó hasta el cielo, y de sus labios se escapó una plegaria que encerraba á la par una súplica y una accion de gracias.

Aquella noche su sueño fué mas dulce, pues cada vez que despertaba, oía junto á sí la respiracion acompasada y suave de la niña que reposaba, y aquel ruido sereno y grato era una promesa para su alma; era como si un ángel repitiera de continuo á su oido. «Duerme tranquila ya no estás sola!»

### III.

Al siguiente dia, Lucía se despertó mas temprano que de costumbre.

Estendió sus manos y tocó al tierno ser que aun dormía á su lado.

Con una lijereza inconcebible en ella, tan inútil y tan exenta de recursos, preparó el almuerzo y arregló su miserable casa.

Su actividad reconocia por principal objeto agradar á su padre, para que de este modo le fuese mas fácil conseguir de él lo que quería,

Dios la ayudaba para ello, pues una muger piadosa, de las que habían ofrecido ampararla la noche anterior, apareció á la puerta de la ca-

sa, trayendo una cesta con algunos comestibles, y un gran envoltorio con varias ropas usadas, pero limpias y bien cosidas.

Todo aquello estaba destinado á la tierna huérfana y á su buena protectora.

La matutina visitadora quiso ver á su protegida, y Lucía la trajo en sus brazos sacándola de su estancia.

Jamás rostro mas puro ni de expresion mas celestial había aparecido á los ojos de aquella muger.

La niña no era hermosa en la acepcion de esta palabra: su semblante no podia calificarse de completamente bello, pero había en él una expresion tan dulce, tan humilde y sobre todo tan amorosa que era imposible verla sin sentirse atraído hacia ella.

En sus ojos sobre todo, en sus ojos azules como el cielo, había un no sé qué tan inteligente y hermoso, tan suplicante y tierno á la par, que al mirarla no se podía menos de recordar esos preciosos ángeles ó esas vírgenes inmaculadas que los pintores saben trazar en sus mas bellos cuadros, siempre mirando al cielo, y siempre reflejando en sus ojos la esperanza y el amor.

Hicieron muchas preguntas á aquella criatura, y ella respondió con esas medias palabras tan encantadoras para una madre, pero tan ininteligibles para los demás.

En suma, nada pudieron averiguar.

Al tratar de saber su nombre murmuró mil frases incoherentes en las que unia siempre dos sílabas. Nina.

Así pues la llamaron, y así fué conocida en el pueblo luego.

Las dádivas que le hicieron en los primeros dias, proporcionaron á Lucía y á su padre una especie de bienestar relativo, que libró á la primera de pedir limosna en algunas semanas, y que hizo que el segundo se diera el parabien de haber recibido á la niña en su casa.

Durante este corto espacio de tiempo, Nina se hizo amar de sus bienhechores con sus tiernas gracias y con sus caricias amorosas.

El anciano estaba menos uraño y blasfemaba menos, sin duda porque se hallaba más distraído y alguna que otra vez hasta se le vió sonreír, á el que no había sonreído en muchos años, oyendo las medias palabras de la niña y viéndola jugar en torno del sillón donde su mal lo retenia.

De este modo, cuando pasado el primer entusiasmo de las gentes del pueblo, cuando ya no vieron en Nina una novedad y un misterio, y la curiosidad se calmó y los dones se acabaron, Agustín que la había tolerado por conveniencia en un



principio, la conservaba ya por cariño, y Lucía que cifraba en ella todo el amor de su corazón, y todas las alegrías de su triste vida, hubiera arrostrado mayor miseria, mayores privaciones antes de admitir siquiera el pensamiento de separarla de su lado.

Aunque en general era mirada con lástima y simpatía, pocos eran ya los que se cuidaban directamente de ella. Solo el buen cura no dejaba de prodigarle sus beneficios; pero el sacerdote era tan pobre, que muy poco ó nada podía hacer.

Así se pasó algún tiempo, en el cual Nina llegó á los siete años, sin que nadie supiese su origen ni tuviera noticia de su familia, pues el cura que había leído la carta que tenía entre sus ropas la noche que vino al pueblo, jamás volvió á hablar de ella, y si en aquel escrito había algunos detalles del nacimiento ó de los padres de Nina, guardó tan cuidadosamente el secreto que nadie entre las gentes del pueblo pudo llegarle á traslucir.

#### IV.

Lucía, como la madre más cariñosa, se esforzaba en enseñar á la niña todo cuanto era necesario para hacerla buena y piadosa.

Había puesto en sus labios las primeras oraciones y en su corazón los principios de una fe ciega, de una humildad perfecta, de un amor á Dios infinito.

¡En estas lecciones era Lucía una excelente maestra!

Quedaba sin embargo el deseo de hacer de Nina una joven laboriosa y útil, y á esto, que casi era un imposible para ella, vino á ayudarla la precisión, vino á ayudarla el excelente corazón de la niña y su prematura inteligencia.

Ella comprendió que á la pobre ciega costaba un inmenso trabajo el ocuparse de los pequeños que nacían domésticos y procuraba ayudarla en ellos con un afán y un cuidado superior á sus años.

En su edad, en la cual todas las niñas piensan solo en los juegos y las pueriles alegrías que traen en pos. Nina se ocupaba de sus bienhechores y dedicaba á ellos todos los instantes de su pobre vida.

Durante las horas en que la infeliz Lucía salía á demandar la caridad de sus convecinos, y hacer los encargos que la confiaban algunas almas caritativas que solo podían utilizar sus servicios de este modo, la niña permanecía cerca de Agustín, le alargaba los objetos que pedía, le daba cuanto necesitaba, y procuraba distraerle, refiriéndole todo aquello que podía llamar su atención.

El buen cura de la aldea, que amaba á Nina, solía hacerle de vez en cuando alguno de esos pequeños regalos que las criaturas de poca edad tienen en tanto. Ya era una torta recién cocida en el horno, ya un dulce, ya una fruta ó golosina; pero la niña jamás la llevaba á sus labios sin que Agustín la hubiese probado antes.

A veces el sacerdote, viéndola llena de miseria y privaciones, con hambre quizá, se empeñaba en sentarla á su mesa para que participase de su comida, pero Nina sabía aprovechar una ocasión propicia para guardar en su bolsillo la mayor parte de lo que la daban.

—Toma, hija mía, la decía el bondadoso cura, toma; esto es para tí.

Y Nina solía contestar:

—¡Ojalá supuesto que dice V que es para mí, déjame llevarlo á mi padre; el pobre es muy viejecito, y lo necesita mas que yo: por otra parte, he comido ya, y no tengo gana.

El parroco miraba á Nina con profunda emoción, enjugaba una lágrima furtivamente y murmuraba muy bajo.

—¿Y habra quien no se humille ante los inescrutables decretos de la providencia!

Y doblaba el don, para poder hacerle extensivo al viejo y á la niña, y bendecía á esta con toda su alma.

Todas las noches, y cediendo á las súplicas de Lucía y á sus propios deseos, dedicaba una hora para enseñar á leer y escribir á Nina, y era en verdad un espectáculo consolador contemplar aquel sabio ministro de Dios, guiando la mano é iluminando la inteligencia de aquella criatura tan pobre, tan desgraciada y tan inocente.

Nina adelantaba rápidamente y criada entre dos viejos, y una desventurada ciega, su razón se desarrollaba mas prematuramente de lo que podía suponerse, y la reflexión iba ocupando aquella mente de siete años.

Un día se hallaba sentada á la puerta de su casa aguardando á Lucía, que tardaba mas de lo acostumbrado.

Agustín dormía en su sillón cerca del fuego, y ella habia salido á ver el sol, á calentar sus manecitas con los tibios y dorados rayos del astro del día.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilches.





## VARIEDADES.

### ECONOMIA DOMÉSTICA.

Ne siendo fácil proporcionarse en el campo medios de obsequiar á los viajeros que nos visiten de improviso bueno será saber el modo de preparar algunas bebidas refrigerantes que nos saquen del apuro.

Las más fáciles de hacer por todos estilos son las de leche, que en todas partes se encuentra.

Empémos, pues, por la leche helada.

Se mezclan dos cuartillos de leche fresca con seis onzas de azúcar, un poco de cáscara de limon y otro poco de canela; se deja en maceracion por media hora se cuele despues por una servilleta y se hiela del modo ordinario.

*Sorbete de nata ó crema de café.*

En dos litros de nata ó de buena leche se ponen diez yemas de huevo y 125 gramos de azúcar; se añade el aroma que se quiera, ya sea una infusion de vainilla, de café ó de chocolate. se mezcla bien el todo y se pone en la sorbetera.

Dos onzas de café en polvo bastante para un sorbete de nata de café, y para el de chocolate se necesitan 250 gramos.

*Sorbete de melocoton.*

Se escogen treinta melocotones bien maduros, se les quita el hueso y cortan en pedazos, se ponen en un cazo á la lumbre con un cuartillo de agua. Se es dá un hervor y se pasan por tamiz, haciendo pasar toda la pulpa á la cual se reúne una libra de azúcar que se habrá disuelto en agua al fuego, y despues de incorporado bien, se deja enfriar y se pone á congelar.

*Ponche de huevos.*

Se prepara echando en un vaso jarabe de ponche y la yema de un huevo; se bate todo junto y se llena des pues el vaso de agua hirviendo revolviéndolo un poco.

*Dulce de melocoton.*

Se toman albérechigos ó melocotones que estén muy maduros, se ponen en un pote y se echa encima agua hirviendo, dejándolos así por espacio de cuatro horas. Se clarifica azúcar, una libra por cada libra de fruta, y se cuecen con él los melocotones que luego se retiran y se van colocando uno á uno en un bote de loza. El jarabe de azúcar se deja espesar un poco y se echa tambien el bote con medio baso de rom ó aguardiente. Se cubre el bote con un papel empapado en aguardiente

*Noyó.*

Se pone en infuston durante tres semanas 200 gramos de huesos de albaricoque ó melocoton machacados, y otro tanto de huesos de cereza enteros, con tres litros de aguardiente, removiéndolo de vez en cuando. Pasando este tiempo, se retiran las almendras y los huesos, se funde un kilógramo de azúcar en un litro de agua, mezcla el todo se filtra y se guarda.

### CORRESPONDENCIA.

*Igea.* Señor don J. M. B., recibí los 24 rs., deja pagada la revista hasta fin de abril del 81.

*Lugo.* Señor don M. M. V., recibí los 24 rs., deja pagada la revista hasta fin de abril del 80.

*Leon.* Señora doña M. V. G., recibimos los 12 rs., gracias por su bondad, le remitimos los números que le faltan.

*Oviedo.* Señor don B. M., en nuestro poder los 9 rs., deja abonado hasta el 15 de marzo del 80.

*Peralla de Alfocca.* Señora doña C. F. M., en nuestro poder los 40 rs., queda abonada la suscripcion hasta fin de diciembre del 80.

*Isla de San Fernando.* Señor don J. P. V., recibí los rs., queda pagado hasta fin de diciembre del 79.

*Lugo.* Señor don M. M. V., en mi poder los 12 rs., queda pagada la suscripcion hasta fin de abril del 80.

*Pozo Estrecho.* Señora doña D. F., recibí los 16 rs., deja pagado hasta fin de diciembre del 79.

*Ronda.* Señora doña A. D. de O., recibidos los 8 rs., los que quedan abonados en cuenta, en adelante solo se remitira un ejemplar á Montejaque como desea.

*Salvatierra.* Señora doña B. T., Con los 24 rs. que por V. envia don B. A. deja abonado hasta fin de diciembre del 79.

*San Fernando.* Señor don J. E., remitimos los números que pide. El importe de lo suscripcion puede enviarnos en sellos de correos ó letra del giro mútuo.

*Almodovar del Pinar.* Señora doña C. S., queda saldada la cuenta de doña V. S. y de doña S. R. hasta fin de setiembre del 80.

*Peñaranda.* Señor don F. N., satisfecho hasta fin de junio del 80.

*Rincon de Soto.* Conforme con todo lo que indica, dejan abonados hasta fin de abril del presente la suscripcion á la revista doña J. M. M., don J. F., don L. H. y don M. B.

*Sevilla.* Señor don M. D., recibí los 8 rs., deja abonado hasta fin de Julio del 80.

*Zaragoza.* Señora doña J. R. de M., recibí los 28 rs., deja abonado hasta fin de diciembre del 80. Remitimos los años 76, 77 y 78, cuyo importe lo cargamos en cuenta.

*Loja.* Señor don A. A., recibí los 72 rs. de usted y de los señores don P. Ch. y don M. G., dejando abonado hasta fin de octubre del 80.

*Elorriaga.* Señor don J. C., queda [complacido en lo que desea.

*Oviedo.* Señora doña E. L., se recibieron los 24 rs., deja pagado hasta fin de abril del 80.

*Carmona.* Señora doña L. G., viuda de O., recibidos los 8 rs., deja pagado hasta fin de abril del 80.

*Dos Torres.* Señora doña D. G. A., recibí los 24 rs., conforme con su cuenta, deja abonado hasta fin de octubre del 80.

*La Directora.*

Granana:—Imprenta de «La Madre de Familia»